

## LA PERTINAZ INESTABILIDAD POLITICA DEL DAHOMEY

Dahomey, a pesar de ser uno de los Estados más pequeños del Africa Occidental (112.760 kilómetros cuadrados) y de poseer una masa de población relativamente escasa, en cuanto a su número total (2.686.000 habitantes en 1971), ha venido demostrando, desde la proclamación de la independencia, el 1 de agosto de 1960, rivalidades y enfrentamientos internos de tal magnitud que ha llegado a batir todas las marcas de la inestabilidad política en un continente como el africano, tan intrínsecamente turbulento. Bastará citar tan sólo el dato de que en doce años de soberanía ha contemplado, en etapas más o menos efímeras, a doce presidentes de la República para que se vea ampliamente confirmado nuestro pesimista juicio.

Recientemente, el 26 de octubre de 1972, el comandante Mathieu Kerekou, jefe de la unidad paracaidista de Ouidah, acaudillaba un nuevo golpe de Estado militar, el quinto de este tipo que se registra en el país desde 1960, y se proclamaba presidente de la República después de derrocar a Justin Ahomadegbé, que ocupaba la suprema magistratura desde el pasado mes de mayo.

Con esta intervención de las fuerzas armadas quedaba subrayado el fracaso de los dirigentes políticos civiles, muy hostiles entre sí, que obligó al Ejército a intervenir cada vez que la situación llega a un grado de inquietante explosividad. Que estas periódicas intervenciones no obedecen al deseo de los militares de mantenerse en el poder se deduce de la circunstancia de que en los cuatro golpes anteriores las fuerzas armadas, una vez que han estimado que los ánimos se han serenado suficientemente, han devuelto el ejercicio del poder a las personalidades civiles. Pero han tenido que volver a posesionarse del mismo cuando nuevas querellas partidistas han envenenado la atmósfera y han paralizado el funcionamiento de los resortes gubernamentales, sumiendo al país en el caos más completo.

Estos permanentes choques internos, estos pleitos que escinden la unidad

del país, obedecen fundamentalmente a dos causas diferentes. En primer lugar, tenemos la densa población (24 habitantes por kilómetro cuadrado) que se acumula en el exiguo territorio nacional. Esta aglomeración perjudica la pacífica convivencia, mucho más si se tiene en cuenta que esa muchedumbre está fragmentada en once grupos étnicos diferentes (fons, adjas, baribas, yorubas, hollis, aizos, sombas, etc.) que mutuamente mantienen vivos ancestrales recelos y querellas.

En otro plano, muy principal, figuran las disensiones políticas, que están a su vez estrechamente ligadas a las tribales, como lo demuestra un breve repaso de los acontecimientos de que ha sido testigo el Dahomey en los escasos años de soberanía.

Así, poco después de terminadas las fiestas conmemorativas de la independencia, concretamente en noviembre de 1960, se registraban serios disturbios en los que intervinieron, a favor del entonces jefe del Gobierno, Hubert Maga, los «arqueros del Norte» —miembros de las tribus nordistas que constituían su principal apoyo personal y el de su partido, el Dahomeyano de la Unidad (PDU)— frente a la Unión Democrática del Dahomey (UDD), que dirigía Justin Ahomadegbé Tometin. La pugna entre estos dos partidos —tras la que puede hallarse, en el fondo, la de Maga y Ahomadegbé— no se resolvió fácilmente y los choques ensangrentaron periódicamente el país. Tras las elecciones efectuadas ese mismo mes, Maga asumió la presidencia de la República y disolvió el UDD, cuyos jefes fueron detenidos, instaurando el sistema del partido único (el PDU). El 28 de octubre de 1963 se producía una grave revuelta sindical, teniendo que intervenir el Ejército para restablecer el orden bajo el mando del entonces coronel Soglo, que había sido comandante en el Ejército francés. Todos los ministros fueron destituidos y detenidos, formándose un Gobierno provisional —presidido por Soglo e integrado por Maga, Apithy y Ahomadegbé— de concentración nacional.

El experimento fracasó porque ninguno de los tres políticos se avenía a desempeñar un papel que no fuera de primera fila. Después de nuevas revueltas, las elecciones de enero de 1964 dieron paso a un Gobierno bicéfalo con Suru Migan Apithy como presidente de la República y Ahomadegbé como vicepresidente y jefe del Gobierno. Un nuevo partido, el Democrático del Dahomey (PDD), quedaba como único del nuevo régimen a partir de abril, al sustituir a todas las formaciones políticas existentes. Pronto rebrotó la rivalidad Maga-Ahomadegbé, cuyos respectivos partidarios provocaron constantes choques sangrientos.

Ahomadegbé, percatado de la fuerte posición que ocupaba en el seno del partido único PDD, se creyó consolidado en el poder y decidió acometer el saneamiento de la economía, que se encontraba gravemente afectada por las múltiples reivindicaciones sociales.

Pero las medidas que adoptó fueron acogidas hostilmente por los sindicatos, con los que, en julio de 1965, se enfrentó Ahomadegbé decididamente. La respuesta de los dirigentes sindicales fue una orden de huelga general para protestar contra la reducción de los salarios. Esto creó un caos interno que motivó, el 28 de noviembre, la caída de Apithy. Ahomadegbé se posesionaba de la Presidencia de la República, pero al día siguiente, el general Soglo, entonces jefe del Estado Mayor del Ejército, procedía a dar un golpe de Estado ante el grave cariz que tomaba la pugna entre los sindicatos y Ahomadegbé, a la que se añadía la crisis gubernamental. La atmósfera de guerra civil, determinada por el grado de tensión a que había llegado el enfrentamiento popular, fue despejada provisionalmente por la intervención del Ejército. Soglo nombraba presidente provisional de la República a Congarú Tahiru, que lo era de la Asamblea Nacional, encargándole que practicara una política de reconciliación nacional.

Pero los ánimos estaban demasiado exaltados para que fuera viable tal tentativa, y Tahiru se vio incapacitado para lograr llevar a cabo su misión. Su fracaso determinó que en diciembre de ese mismo año Soglo se viera obligado a asumir personalmente el poder, a pesar de sus reiteradas negativas a ocupar la presidencia.

Cuando el 22 de diciembre de 1965 el general Christophe Soglo se hacía cargo del poder para evitar la guerra civil que se fraguaba, el país ofrecía el triste balance de cuatro presidentes derrocados en cinco años. Subsistía el principal de los problemas, restablecer en el país la estabilidad económica, fase previa a la normalización de la vida política. No obstante, la obra de saneamiento económico exige, forzosamente, sacrificios que son antipopulares, mucho más entre unas masas africanas a las que se había inculcado la idea de que la independencia iba a significar el paso a una opulencia similar a la que manifestaban los colonizadores. Lograda la independencia del país, la frustración de esas muchedumbres al comprobar que la realidad era muy distinta de las promesas prodigadas, daba origen a sangrientos acontecimientos en los que se canalizaba el furor incubado por la lamentable situación a que habían quedado reducidas las masas, con un nivel de vida mucho más bajo que en el período colonial, mientras que los

dirigentes habían logrado la anhelada opulencia. Entre estos dramáticos episodios destacaba el ocurrido en febrero de 1967, en Grandpopo, en la desembocadura del río Mono. Una gran muchedumbre se congregaba en la plaza principal de la localidad con el ánimo de protestar airadamente contra la elevación de los impuestos decretados por el Gobierno Soglo. Para disolverla fue enviada una patrulla de gendarmes que, al no ser obedecidos, dispararon contra los manifestantes, causando la muerte a cincuenta de ellos. Los supervivientes, enardecidos, atacaron a los agentes, matando a diez a machetazos y descuartizando sus cadáveres. Este acontecimiento, aparte de la intrínseca ferocidad, que retrata la exaltación de los ánimos, indicaba la creciente impopularidad de Soglo, que se manifestaba cuando sólo había transcurrido un año de la subida al poder.

Pero el general, consciente de que sólo una mejoría en la situación económica podría sentar las bases del equilibrio gubernamental, persistió en su política de austeridad y se afanó tenazmente en la búsqueda de ayudas exteriores. A finales de 1967 Soglo se trasladaba a París para entrevistarse con el general De Gaulle, a quien solicitaba la máxima ayuda financiera para su país. En el Eliseo, Soglo proclamaba: «Nuestros productores hacen grandes esfuerzos, pero se sienten desalentados de los términos de los intercambios. Mi general, es preciso que nos ayude a ganar esta batalla contra la deterioración a fin de que nuestros campesinos obtengan un precio remunerador por su trabajo. Esto va en interés de los países ricos, pues la estabilidad mundial puede verse afectada por las reivindicaciones de los pueblos pobres.»

Pero tan solo pocos días después de terminado su viaje a París, el general Soglo era derrocado después de dos años de ejercer el mando, al triunfar, el 17 de diciembre de 1967, el rápido alzamiento de un grupo de jóvenes oficiales, mandados por el comandante Kuandete y el teniente coronel Alphonse Alley. Con Soglo desaparecía de la escena política uno de los estadistas más prudentes y capacitados que había gobernado en el turbulento país. Las dramáticas circunstancias que obligaron a Soglo a aceptar, contra su voluntad, la presidencia de la República (la inminencia de la guerra civil), la desesperada lucha que había desencadenado contra la corrupción y sus esfuerzos denodados por estabilizar la economía, le hacen acreedor a un puesto destacado entre los innumerables dirigentes que ha presenciado el continente africano en dos lustros de independencia.

Por otra parte, se descubría que el triunvirato de dirigentes políticos que

se había esfumado al asumir Soglo el mando, continuaba controlando la voluntad mayoritaria de tres zonas diferentes del Dahomey, en las que no había decaído su prestigio. Hubert Maga, en el Norte; Suru Migan Apithy, en Porto Novo, y Justin Ahomadegbé, en Cotonu y Abomey, contaban con la adhesión popular. Esta situación, lindante con el feudalismo, provocaba asombrosas reacciones.

Durante sus últimos días de mando Soglo se había visto enfrentado, al igual que sus antecesores, con los sindicatos, que reclamaban un 25 por 100 de aumento de los salarios, amenazando con desencadenar la huelga general si no eran atendidas sus peticiones. Soglo llegó, por fin, a un acuerdo con los potentes sindicatos, pero la oficialidad del Ejército se rebeló, derrocándole mediante el golpe de Estado, por estimar excesivas las concesiones que había efectuado para resolver el conflicto.

Por otra parte, el triunfo del alzamiento militar contra un general del Ejército demostraba que no solamente la nación se hallaba escindida entre tres grupos políticos rivales, sino que también lo estaba el Ejército—cuyos efectivos sólo alcanzan los 2.500 hombres—, en el que existen facciones antagónicas movidas por afinidades raciales más bien que por razones ideológicas.

Así, el grupo de oficiales que derrocaron a Soglo eran originarios de las regiones septentrionales, mientras que el general Soglo es de Abomey y sus principales colaboradores eran de las comarcas meridionales y centrales. El tribalismo, que tanto perjudica la evolución del Africa subsahariana, jugaba en el Dahomey un papel decisivo. A su vez, los triunfantes se escindían en dos grupos, dirigidos, respectivamente, por el comandante Kuandete y el teniente coronel Alley, cuyas divergencias se centraban especialmente sobre los métodos de gobierno. Los oficiales jóvenes consideraban que Soglo se había mostrado excesivamente débil frente a las reivindicaciones de los sindicatos y exigían una política más firme en el futuro.

En la primera fase Maurice Kuandete parecía imponerse y se hacía cargo de la presidencia de la República y la cartera de Defensa. Pero se le presentaba un acontecimiento desfavorable cuando Emile Derlin Zinsou, que había sido jefe del Gobierno con Soglo, decidía no continuar siéndolo con Kuandete. Este decidía asumir también el puesto de jefe del Gobierno, y su determinación le resultaba fatal, ya que, considerando que preludiaba la instauración de un poder personal, movió a los mismos elementos que le

habían apoyado a volverle la espalda, favoreciendo su caída al elegir como sucesor a Alley.

Allèy se hacía cargo, provisionalmente, de la presidencia de la República, y desde los primeros momentos anunciaba la decisión del Ejército de transferir al poder a los civiles en un plazo no superior a seis meses. En abril de 1968, cuando era aprobada por referéndum la nueva Constitución, parecía que el paréntesis de interinidad que representaba la Administración militar iba a cerrarse con el rápido retorno a un poder civil dotado de todas las garantías de continuidad.

Poco después de aprobada la Constitución, el Gobierno provisional convocaba elecciones presidenciales, aunque, previamente, promulgaba un decreto prohibiendo terminantemente la presentación como candidatos de los tres primeros presidentes que tuvo el país—Maga, Apithy y Ahomadegbé—. El general Soglo era el único a quien el mencionado decreto autorizaba para presentar su candidatura electoral, aunque no hizo uso de esa facultad. La citada medida discriminatoria reposaba sobre una realidad evidente. No podía desconocerse que durante los cinco primeros años de soberanía, las rivalidades entre estos tres dirigentes habían sembrado la semilla de la discordia, dando pie a que las diversas agrupaciones étnicas que conviven en el Dahomey, partidarias de uno u otro de estos dirigentes, volviesen a sus ancestrales antagonismos, poniendo en peligro la paz y la unidad. Pero, aun así, la resolución de prohibirles presentarse a las elecciones parecía vulnerar toda legalidad y exceder de las facultades de un Gobierno provisional. Los dos años de mandato de Soglo habían devuelto al Dahomey cierta tranquilidad, pero su inesperada sustitución por Alley estimuló las ambiciones políticas de los tres dirigentes, que vivían exiliados, al ser convocadas las elecciones presidenciales. Ante la prohibición de presentarse como candidatos, decidían olvidar sus mutuas rivalidades y hacer causa común. Maga declaraba en París: «Rehúso aceptar que los militares, porque tengan fusiles, impidan presentarse como candidatos a ciudadanos del Dahomey. ¿Creen ustedes que la nueva Constitución hubiera sido aprobada si las gentes en el poder hubieran tenido la honestidad de prevenir al pueblo de qué los tres candidatos más significados quedaban excluidos de la competición?» No obstante, Alley se mantuvo imperturbable, y el 5 de mayo la población acudía a las urnas para escoger entre cinco candidatos de escasa resonancia: Basile Adjou, doctor en Medicina; Paul Hazume, maestro retirado; Eustache

Prudencio, inspector de Enseñanza; Karim Urbain, industrial, y Jean-Baptiste Verin, administrador de Sociedades.

El fracaso más rotundo rubricó estos comicios, puesto que se abstuvo el 74 por 100 de los inscritos en el censo electoral, y quien más votos obtuvo, el doctor Adjou, logró una cifra ridícula de sufragios, es decir, 241.272 votos entre un electorado que superaba el millón. Este resultado confirmaba las aseveraciones de Maga, anteriormente citadas, puesto que la Constitución había sido aprobada por referéndum del 31 de marzo con el voto del 92,20 por 100 de los electores, y las elecciones presidenciales sólo habían llevado a las urnas al 26 por 100 del cuerpo electoral. Esto indicaba claramente que habían sido seguidas escrupulosamente las consignas de abstención lanzadas a sus partidarios por los tres ex presidentes proscritos.

A la vista de las cifras del escrutinio, el teniente coronel Alley anunciaba la invalidación de la elección presidencial del doctor Adjou, agregando que el Gobierno y el Comité Revolucionario Militar adoptarían rápidamente las disposiciones pertinentes para que se celebrase una nueva consulta destinada a escoger «un presidente de la República libremente elegido por la casi unanimidad, o, al menos, por la gran mayoría del pueblo». La invalidación de las elecciones dio pábulo a la sospecha de que los militares deseaban continuar en el poder, y que el motivo alegado para el no reconocimiento del triunfo de Adjou era un simple pretexto para lograrlo. Como consecuencia de esta invalidación habían transcurrido los seis meses del plazo fijado sin que se introdujera la Administración civil. Alley se justificaba diciendo que «no es posible imponer un Gobierno provisional. No tenemos la intención de entregar el poder a los civiles a cualquier precio, puesto que el país se encontraría en una situación difícil». A mayor abundamiento, Alley creyó oportuno recordar que «el Ejército no tiene ninguna intención de conservar el poder, incluso si las circunstancias deben retrasar la fecha prevista para el retorno a los cuarteles». Pero a pesar de todas las advertencias de Alley, el Ejército, resuelto a cumplir el compromiso solemnemente adquirido, elegía como presidente de la República, por un período de cinco años, al doctor Emile Derlin Zinsou. Justin Ahomadegbé, en nombre de sus colegas, los ex presidentes exiliados, declaraba en París que este acto era «unilateral y arbitrario» y negaba el acatamiento a Zinsou. A estas críticas se unían también las del general Soglo. Esta oposición en bloque de las cuatro personas que habían ostentado la suprema magistratura de la nación seguía a las reacciones desfavorables expresadas por la mayoría de los dirigentes sindicales y de las

antiguas formaciones políticas, que presentaron escritos criticando severamente esa determinación del Gobierno provisional y anunciando que ejercerían la más radical oposición. Tan amplias manifestaciones de disconformidad acentuaban la permanente intranquilidad reinante en el país. El nombramiento de Zinsou confirmaba la determinación militar de cesar en la dirección política del Estado. Pero esa retirada se producía en un momento particularmente difícil, es decir, cuando los sindicatos reclamaban airadamente la aceptación de sus reivindicaciones salariales, amenazando con declarar la huelga general en caso contrario, y también cuando el descontento provocado por el nombramiento directo del jefe del Estado—al que las formaciones mayoritarias negaban toda representatividad—afectaba a las tres cuartas partes de la población. En estas circunstancias, todo parecía indicar como si el Ejército hubiese preferido retirarse ante la insoluble situación de la nación; es decir, una retirada forzada.

Zinsou se posesionaba del cargo para el que había sido designado, y poco después, el teniente coronel Alley, que tan refractario se había mostrado a su nombramiento, era detenido acusado de haber dirigido una conspiración para derribar el régimen, y juzgado por el Tribunal de Seguridad, era condenado, el 4 de octubre, a diez años de prisión.

Zinsou trataba en vano de superar la obstrucción que suponía la oposición de las fuerzas mayoritarias. Privado de apoyos y carente de grandes dotes de estadista, fracasaba lamentablemente en su gestión, que era interrumpida el 10 de diciembre de 1969, cuando le derrocaba un nuevo golpe de Estado militar. Asumía el mando un triunvirato dirigido por el teniente coronel Souza y del que formaba parte el teniente coronel Kuandete. El Ejército, como en anteriores ocasiones, declaraba que estaba deseando traspasar sus poderes a una Administración civil. El hecho de que inmediatamente después del triunfo del alzamiento, los tres ex presidentes exiliados «se adhieran sin condiciones a las actuales autoridades», según declaraba Apithy, era un síntoma confortador. Los tres dirigentes habían dirigido, conjuntamente, un telegrama a Kuandete poniéndose a disposición del Dahomey: «Para toda tarea de edificación de la patria. Los acontecimientos y las declaraciones que se han sucedido, excluyendo todo ostracismo, han abierto el camino a la reconciliación y a la unión nacional verdaderas. Las condiciones son óptimas para una rápida promoción del país.» Acto seguido emprendían el viaje de regreso a la patria. Una de las primeras medidas del triunvirato consistía en amnistiar



a 32 detenidos políticos, entre ellos el teniente coronel Alley, al que se confirmaba en su graduación, reintegrándolo a las filas del Ejército.

El Directorio militar insistía en la necesidad de traspasar sus poderes, y con tales fines convocaba a los tres ex presidentes regresados del exilio, pero la falta de acuerdo entre estos dirigentes dificultaba los propósitos militares.

En enero de 1970, el Directorio declaraba que organizaría nuevas elecciones presidenciales cuando los dirigentes políticos se pusiesen de acuerdo para establecer una candidatura única. Los tres dirigentes de mayor prestigio y adhesión popular (Maga, Apithy y Ahomadegbé), durante su forzado exilio habían llegado a establecer unas bases mínimas de acción conjunta, y por ello el Directorio militar esperaba que no hubiese obstáculos para que decidiesen dicha candidatura. «La unidad alrededor de un programa, en torno a un hombre, es nuestro mayor deseo—declaraba el teniente coronel Paul Emile de Souza, presidente del Directorio—. Una vez que se haya designado ese candidato único, se evitará a los ciudadanos pacíficos de este país las tensiones y los enfrentamientos inútiles registrados en un pasado reciente.» Pero los tres ex presidentes, en cuyas manos estaba el poder ahorrar sacrificios al país, una vez suprimido el obstáculo que les había unido, esto es, la presencia del doctor Zinsou en el poder, volvieron a enzarzarse en sus antiguas querellas y se negaron a todo compromiso, afirmando su voluntad de presentarse individualmente. El Directorio, al comprobar la imposibilidad de lograr una candidatura unánime, para no entorpecer el cambio a un poder civil anunció la convocatoria de elecciones presidenciales para marzo de 1970. Como es natural, a ellas se presentaron los tres sempiternos candidatos al poder: Maga, Apithy y Ahomadegbé. Más tarde presentó también su candidatura Zinsou. Todo esto parecía indicar que esos mencionados dirigentes, culpables de la inestabilidad política de su patria, por no haber armonizado sus puntos de vista, anteponían sus ambiciones personales de prestigio al interés nacional. También se corroboraba su veleidad, puesto que, cuando se hallaban en París desposeídos de todo mando, estas tres personalidades habían acordado solemnemente—y así lo habían declarado públicamente— que si regresaban al Dahomey se pondrían de acuerdo para designar a uno de ellos que fuese candidato a la presidencia. No obstante, cuando se restablecían las circunstancias favorables, no dudaban en volver a la discordia.

El 9 de marzo de 1970 comenzaba el escrutinio para la elección presidencial—que debía durar, según estaba programado, hasta el día 31—, en medio del creciente apasionamiento de la población, escindida en tres porciones prác-

ticamente iguales, que seguían a cada uno de los tres candidatos principales. Tal vez la mejor descripción del ambiente que prevalecía en el país sea la contenida en una carta que el ex ministro dahomeyano de Finanzas y Economía, Nicéphore Soglo, dirigía a *Le Monde* y que este prestigioso rotativo publicaba en su número del 26 de marzo de ese año: «Vuelvo consternado de un viaje al Dahomey. Nunca este país ha estado tan dividido contra sí mismo. Por todas partes cada uno proporciona sus armas: tanto los partidos políticos como las facciones militares. Se preparan elecciones sin creer demasiado en ellas. Pues todo el mundo opina que el Ejército hubiera conservado el poder si no fuera el espejo de la nación. Esta inestabilidad endémica, que desespera a sus mantenedores más indulgentes, revela no obstante una búsqueda apasionada de la democracia. Dahomey es alérgico a la monarquía absoluta y a la dictadura, así como a su corolario, el partido único. No es un puro azar que este país haya contado con veintidós gobernadores en veinte años de era colonial y nueve presidentes en diez años de independencia. Los reyes del Dahomey eran monarcas constitucionales. Pero la burguesía del país se niega a traducir en términos políticos y constitucionales este dato histórico y sociológico... Y cada dos años, triviales crisis ministeriales degeneran en crisis de régimen. Esta obstinación puede desembocar en un drama nacional.»

Antes de que finalizasen las operaciones electorales, concretamente el 28 de marzo, el Directorio militar las suspendía para cortar los graves desórdenes que con motivo de las mismas se estaban produciendo. Con esta determinación las autoridades militares accedían a la petición de Apithy, Ahomadegbé y Zinsou, que se habían trasladado a Cotonou para protestar ante el triunvirato contra las «atrocidades» que se cometían contra sus partidarios en el norte del país por parte de los adeptos a Maga, que controla prácticamente la zona septentrional. Según sus denuncias, en Borgu todos los electores favorables a Ahomadegbé habían sido asesinados bárbaramente.

Aunque las elecciones habían sido suspendidas, habían durado el tiempo suficiente para excitar las pasiones políticas y avivar los antagonismos regionales. Los múltiples muertos y heridos registrados durante los comicios demostraban que el Directorio militar había cometido una grave imprudencia al convocar las elecciones confiando en un civismo inexistente entre los dirigentes y las masas que controlan. Los resultados parciales, recogidos hasta el momento de la suspensión, acreditaban que Dahomey seguía en estado feudal: Maga obtenía el 97 por 100 de los votos del Norte, mientras que Apithy y Ahomadegbé se distribuían, mayoritariamente, los de sus respectivos feudos

en el Sur. El único candidato que, falto de apoyo regional, había presentado un programa de alcance nacional, Zinsou, recogía una cifra irrisoria de sufragios. En estas condiciones se comprende que no existe un sentimiento nacional en el Dahomey, sino tres sentimientos regionales. Y que si no se ha producido, hasta el momento, ningún intento de secesión, no puede descartarse en el futuro. Esto se confirma con las declaraciones, efectuadas el 30 de marzo, de Pascal Chabi Kao, ex ministro de Finanzas, que decía: «El Norte ya no considerará, como en el pasado, la palabra secesión como una palabra tabú.»

A mediados de abril de 1970, Maga y Ahomadegbé proponían al Directorio que la función de jefe del Estado fuese asumida por una «Comisión presidencial colectiva», compuesta por los «dirigentes que se reparten el apoyo de las masas populares del Dahomey».

El Directorio militar accedía a la petición, y a primeros de mayo, Hubert Maga era nombrado presidente de la República por un período de dos años como presidente de un Consejo Presidencial de tres miembros, compuesto por él mismo, Ahomadegbé y Apithy. Transcurrido el período de mando, en mayo de 1972 le sustituiría Ahomadegbé, y en mayo de 1974, Apithy. Se formaba un nuevo Gobierno, en el que el citado Chabi Kao volvía a la cartera de Finanzas. Zinsou tomaba el camino del exilio, instalándose en París. Los tres miembros del antiguo Directorio militar pasaban a ocupar funciones estrictamente militares.

Por una sola vez en Dahomey, Maga terminaba sin sobresaltos su mandato presidencial, y el 7 de mayo de 1972 transfería sus poderes de jefe del Estado a Justin Ahomadegbé. Durante su discurso de investidura, el nuevo presidente expresaba el deseo de que la unidad nacional prevaleciese sobre los intereses regionales.

Cinco meses después, el nuevo presidente ha sido derribado por un golpe de Estado militar. Todo esto demuestra que el Dahomey no ha logrado alcanzar un nivel aceptable de madurez política.

JULIO COLA ALBERICH

1. The first step in the process of identifying a problem is to define the problem clearly.

2. The second step is to identify the causes of the problem.

3. The third step is to identify the effects of the problem.

4. The fourth step is to identify the stakeholders involved in the problem.

5. The fifth step is to identify the resources available to solve the problem.

6. The sixth step is to identify the constraints on the solution.

7. The seventh step is to identify the potential solutions.

8. The eighth step is to evaluate the potential solutions.

9. The ninth step is to select the best solution.

10. The tenth step is to implement the solution.

11. The eleventh step is to monitor the solution.

12. The twelfth step is to evaluate the results.

13. The thirteenth step is to document the solution.

14. The fourteenth step is to communicate the solution.

15. The fifteenth step is to review the solution.

16. The sixteenth step is to update the solution.

17. The seventeenth step is to close the problem.

18. The eighteenth step is to evaluate the process.